

EL CHACHO SEGÚN SARMIENTO (Fragmento)

“Entre aquellos profugos se encontraba el Chacho, jefe desde entonces de los montoneros que antes había acaudillado Quiroga entonces de los montoneros que antes había acaudillado Quiroga; y ahora, seducido su jefe por el heroísmo desgraciado del general Lavalle, hablase replegado a las fuerzas de La Madrid, y contribuido no poco, con su falta de disciplina y ardimiento, a perder la batalla. Llamaba la atención de todos en Chile la importancia que sus compañeros generalmente cultos daban a este paisano semibárbaro, con su acento riojano tan golpeado, con su chiripá y atavíos de gaucho. Recibió como los demás la generosa hospitalidad que les esperaba, y entonces fue cuando, preguntado cómo le iba por alguien que lo saludaba, contestó aquella frase que tanto decía sin que parezca decir nada: “¡Cómo me a dir, amigo! ¡En Chile ‘Y a pie!’”

Éste era el Chacho en 1842, Y ése era el Chacho en 1863, en que terminó su vida. Ni aun por simple curiosidad merece que hablemos de su origen. Dícese que era fámulo de un padre, quien al llamarlo, para más acentuar el grito. suprimía la primera sílaba de “muchacho” y así se le quedó por apodo “Chacho”; y aunque no sabía leer, como era de esperarse de un familiar de convento, acaso el haberlo sido le hiciese valer entre hombres más rudos que él. Firmaba, sin embargo, con una rúbrica los papeles que le escribía un amanuense o tinterillo cualquiera, que le inspiraba el contenido también; porque de esos rudos caudillos que tanta sangre han derramado, salvo los instintos que le son propios, lo demás es la obra de los pilluelos oscuros que logran hacerse favoritos.

Era blanco, de ojos azules y pelo rubio cuando joven apacible de sonomía cuanto era moroso de carácter. A pocos ha hecho morir por orden o venganza suya, aunque millares hayan perecido en los desordenes que fomento. No era codicioso, y su mujer mostraba más inteligencia y carácter que él. Conservose bárbaro toda su vida, sin que el roce de la vida pública hiciese, mella en aquella naturaleza cerril y en aquella alma obtusa.

Su lenguaje era rudo más de lo que se ha alterado el idioma entre aquellos campesinos con dos siglos de ignorancia, diseminados en los llanos donde él vivía; pero en esa rudeza ponía exageración y estudio, aspirando a dar a sus frases, a fuerza de grotescas, la fama ridícula, que las hacía recordar, mostrándose, así cándido y al igual del último de sus “muchachos”. Habito siempre una ranchería en Guaja, aunque en los últimos años construyó una pieza de material, para alojar a los “decentes”, según la denominación que él daba a las personas de ciertas apariencias que lo buscaban. Hacía lo mismo con sus modales y vestidos: sentado en posturas que el gaucho afecta, con el pie de la una pierna puesto sobre el muslo de la otra, vestido de chiripá y poncho, de ordinario en mangas de camisa, y un pañuelo amarrado a la cabeza.

En San Juan se presentaba en las carreras, después de alguna incursión feliz, con pantalones colorados

y galón de oro, arremangados para dejar ver calcetas caídas que de limpias no pesaban, con zapatillas a veces de color. Todos éstos eran medios de burlarse táimadamente de las formas de los pueblos civilizados. Aun en Chile, en la casa que lo hospedaba, fue al fin preciso doblarle las servilletas a fin de salvar el mantel que chorreaba al llevar la cuchara a la boca. En los últimos años de su vida consumía grandes cantidades de aguardiente, y cuando no hacía correrías, pasaba la vida indolente del llanista, sentado en un banco, fumando, tomando mate, o bebiendo. Las carreras son, como se sabe, una de las ocupaciones de la vida, de estos hombres, y en los llanos ocasión de reunirse varios días seguidos gentes de puntos distantes.

Las nociones de lo tuyo y lo mío no son siempre claras en campañas donde el dios Término no tiene adoradores, y menos debían estarlo en quien vivía de los rescates, auxilios y obsequios que recibía en las ciudades que visitaba con sus hordas indisciplinadas. Entregadas éstas en San Juan al saqueo de incendio de las propiedades, en presencia de Derquí, que así preparó su candidatura a la presidencia, queriendo poner coto a desórdenes que amenazaban arrasar con todo, dióse una orden de pena de la vida a quienes fuesen sorprendidos saqueando. Tomados cinco, el Chacho solicitó, en nombre de sus servicios, y obtuvo el perdón de todos, no obstante que el Comisionado Nacional contaba con un regimiento de línea mandado por el general Pedernera, que fue el vicepresidente; y todos los degüellos salteos y asesinatos que tuvieron lugar después, que pueda culpársele de ordenados, obtuvieron siempre la bondadosa y obtemperante indulgencia del Chacho.

Su papel, su modo de ganar la vida, digámoslo así, era intervenir en la cuestión y conflictos de los partidos, cualquiera que fuesen, en las ciudades vecinas. Apenas ocurría un desorden, el Chacho acudía, dándose por interesado de alguna manera. Así había servido a Quiroga, Lavalle, La Madrid, Benavídez, Rosas, Urquiza y Mitre. En favor o en contra de alguien había invadido cuatro veces a San Juan, tres a Tucumán, a San Luis y Córdoba una. Su situación en la República Argentina, con su carácter y medios de acción, era la de los cadíes de las tribus árabes de Argel, recibiendo de cada nuevo gobierno la investidura, y cerrando el último los ojos a las razzias que tenía hechas para robar sus ganados a las otras tribus.

Y sin embargo, este jefe de bandas que subsiste treinta años, no obstante los cambios que el país experimenta y mientras los gobiernos que lo emplean o toleran sucumben, fue derrotado siempre que alguien lo combatió, sin que se sepa en qué encuentro fue feliz, pues de encuentros no pasaron nunca sus batallas, sin que esta mala estrella disminuyese su prestigio con los que lo seguían, ni su importancia para los gobiernos que lo toleraban”.

Hernández, José y Sarmiento, Domingo F.: Proceso al Chacho, Buenos Aires, Ediciones Caldén, 1968, p. 30 a 32.

*Aclaración: Se respetó la ortografía de la fuente documental